

Carlos Pereyra.

LAS ISLAS DE ROBINSON

Carlos Pereyra está reconocido ya por la crítica como el más sagaz, ponderado y erudito de los historiadores americanos. Marius André, al dedicarle su sensacional libro sobre Colón, lo llama «reconstructor de la historia de América». Manuel Ugarte en un reciente ensayo sobre la vida de Bolívar, anota: «El único que ha intentado en estos últimos tiempos una síntesis equidistante de nuestra historia es Carlos Pereyra, cuya labor formidable tendrá que ser recompensada algún día.»

Por el prestigio ganado por el señor Pereyra a fuerza de una obra copiosa, que se incrementa cada día con títulos nuevos, y cimentado en condiciones de hondura de pensamiento y sagacidad que no son comunes en el ruedo literario de América, se entenderá que la revista ATENEA anuncie complacida a sus lectores la colaboración de tan interesante escritor americano. Este primer artículo que inicia esta colaboración trata un tema caro a los chilenos; a él seguirán trabajos también de índole histórica en que el eruditísimo mexicano hará, como acostumbra, obra de pensador y de artista a la vez.—N. de la R.

EL nombre de Juan Fernández figura en la conquista del Perú. Es el de un piloto que prestó servicios periciales para dirimir contiendas de gober-

naciones. Cuando este navegante medía grados de latitud en la costa americana del Océano Pacífico, nacía en España otro Juan Fernández que habría de ilustrarse cuarenta años después por una obra útil, e inmortalizarse en el siglo XVIII por un azar literario. La obra útil consistió en abreviar el viaje entre el Perú y Chile, no obstante el aumento de la distancia recorrida. Antes de aquella innovación de la náutica, un buen piloto tardaba tres meses por lo menos, seis en ocasiones, y acaso más, para ir del Callao a Valparaíso. Pero Juan Fernández, apartándose de la costa, logró regularizar las comunicaciones, por una ruta de vientos constantes que redujo la duración del viaje a treinta días.

Esto era suficiente para la decorosa biografía de un marino. Pero Juan Fernández dejó títulos para alcanzar una impensada gloria que iba a nacer, a consolidarse y a universalizarse en siglos posteriores. Entregó a la geografía la isla que lleva su nombre. Y de la geografía, la isla pasó a la literatura novelesca con el nombre del descubridor.

El camino abierto por Juan Fernández en la inmensidad oceánica llevaba a dos grupos insulares de mínima importancia. Uno es el de las Desventuradas: San Ambrosio, Santa Cecilia y San Félix. El otro se compone, como el anterior, de dos islas y una roca. *Más a tierra* y *Más afuera* son los nombres que se les dan comúnmente. Y una de ellas, como todo el grupo, se llama también Juan Fernández.

En esta isla, de menos de cien kilómetros cuadrados, podía establecerse una base defensiva de la tierra continental. Pero si se poblaba, era cómodo reparo para un atacante. Situada a seiscientos kilómetros de Valparaíso, y bajo la misma latitud, con un surgidero abrigado en el nordeste, con hermosa vegetación y con una fauna a la que se habían incorporado las cabras llevadas por los españoles, ofrecía ventajas al

enemigo y al regnícola. Así fué cómo la visitaron los más célebres salteadores del mar durante el siglo XVII.

Sabido es que los navegantes empleaban a veces el castigo de la eliminación de un criminal o de un rebelde, abandonándolo en tierra solitaria. También sucedía que un marinero, cansado de la disciplina, se quedase por propia voluntad, pidiendo permiso para ello o desertando. Todas las islas distantes de las líneas de tráfico tuvieron estos huéspedes ocasionales. Uno, dos, hasta veinte tripulantes, recibían el don de un islote, el de una costa deshabitada o el de un país poblado de salvajes.

Entre los hombres que pasaron por la experiencia de la vida solitaria, hubo uno cuyas aventuras conocemos gracias al genio del escritor que quiso fantasearlas.

Alexander Selkirk, marinero escocés del condado de Fife, salió con Dampier en la expedición de 1703, como tripulante del *Cinque Porte*, galeaza de noventa y seis toneladas. Selkirk tuvo una disputa con su capitán, Thomas Stradling, y pidió que se le dejara en Juan Fernández. Pero, arrepentido, suplicó que se le llevara. El capitán, inflexible, mantuvo la orden dada. Selkirk permaneció cuatro años y cuatro meses en la isla, hasta que Woodes Rogers, pasando por allí, le recogió y le repatrió.

Este es el fin de la novela de Selkirk y el principio de la de Robinson Crusoe. La momentánea celebridad que adquirió Selkirk cuando volvió a Inglaterra, en 1711, después de su estancia solitaria en Juan Fernández, se explica por la resonancia de las expediciones de los ilustres viajeros a quienes acompañó. Pero acaso la simple narración de las aventuras del marinero abandonado y recogido en el Océano Pacífico, hubiera acabado por perderse entre el fárrago de las de su género, sin la magia con que Daniel de Foe supo realizar una transformación literaria en los recuerdos de Selkirk.

La publicación del *Robinson Crusoe*, ocho años después, enlazó de tal modo la existencia del tripulante escocés con la del personaje imaginario, que la isla chilena vino a recibir, andando los siglos, el nombre popularizado por la novela, unido al recuerdo del que en ella vivió. Todo el mundo la llama *isla de Robinson*.

En 1868, el comodoro Powell, de la marina británica, y los oficiales de la *Topacio*, pusieron una inscripción documentada sobre la roca que fué atalaya de Selkirk. Esta es la inscripción que en algunas obras puede verse como «la tumba de Selkirk».

Pero ni la tumba de Selkirk está en Juan Fernández, ni esta isla es la que dió De Foe por teatro a su *Robinson Crusoe*. Añádase que Selkirk no le sirvió de modelo, y sólo le sugirió el tema. Estética y moralmente, el pirata no era el prototipo que llevó De Foe a las letras. La aventura de Selkirk apenas sale de lo vulgar. Como otros muchos marineros indisciplinados, Selkirk sufrió la pena del abandono en playa desierta, para que pereciera si no sabía valerse por sí mismo. El resultado en el caso de este hombre inferior fué deplorable, por el embrutecimiento a que lo redujo la existencia en una isleta deshabitada del Océano Pacífico.

Gran artista, De Foe hizo a su personaje un héroe de la conciencia y de la voluntad. El origen de la soledad a que lo condenó la justicia divina, no es repugnante, ni odioso, ni rastro. La única aberración del tipo novelesco era el amor excesivo a los viajes marítimos. Cuando *Robinson Crusoe* naufraga y cuando se salva en la isla desierta, su ser moral presenta un panorama trágico. Impresionado por el sublime desencadenamiento de las fuerzas naturales, inicia una vida de acción ejemplar, en la que persevera durante veintiocho años. Selkirk ha quedado muy lejos, si su incidente estimuló las dotes creadoras del novelista.

No todos los comentadores han creído que fuera el marinero de Fife quien sugirió el tema. Siendo frecuentes los casos de individuos abandonados en sitios remotos, Selkirk sólo podía inspirar cierto interés por el renombre que le dieron los ilustres viajeros en cuya compañía hizo sus expediciones, y sobre todo, los que historiaron el episodio.

Hay una conciencia. Pocos meses antes de que desembarcara Selkirk en Inglaterra, se publicaron las *Aventuras de Jacques Massé*. Le Breton señala analogías entre estas aventuras y las de Robinson Crusoe. Otros indican como fuentes de información e inspiración, los libros que tratan de los filibusteros. El *Viaje* de Dampier había paseado a De Foe por el mundo de los bucaneros, más aun que el de Raveneau de Lussan. Con el pensamiento fijo en las regiones equinocciales, recordaba todas las cosas inverosímiles que cuenta Raleigh, y examinaba las cartas geográficas de la desembocadura del Orinoco. Allí están el clima, el cielo, el mar y las tierras de sus ensueños. A ellas le llevan el arte y el interés. Robinson Crusoe no es sino el imaginario jefe de una avanzada de empresas fructuosas soñadas por De Foe.

Selkirk está muy lejos. Robinson Crusoe no va a la roca de Juan Fernández para confesar la impotencia de la voluntad humana y sufrir la tiranía de las fuerzas externas que le imponen el retorno a la animalidad. De Foe compone el poema de la energía en una lucha contra la naturaleza rebelde y contra el propio abatimiento. Se dice que si Robinson Crusoe bautiza su refugio llamándolo isla de la Desesperación, demuestra que de esa misma desesperación el héroe saca aptitudes para sobreponerse al infortunio.

Mientras, en el orden psicológico, De Foe no cesa de establecer un contraste entre Selkirk y Robinson Crusoe, en el orden geográfico el autor parece empeñarse por evitar que se confundan a la isla del marinero

escocés y la del naufrago yorquino. Expresamente advierte el autor, desde el título de la novela, que su héroe se salva en un archipiélago próximo a la desembocadura del Orinoco. Y después acumula tantas particularidades, que sólo falta determinar la isla, situada por él entre la Trinidad y la costa de la Guayana. Para ello se funda en razones cartográficas de que luego hablaré.

La portada de las primeras ediciones, no reproducida en las que hoy circulan, dice, siguiendo la costumbre de dar títulos con el resumen de la obra: *Vida y aventuras, tan extrañas como sorprendentes, de Robinson Crusoe, oriundo de York, navegante, que vivió veintiocho años, enteramente solo, en una isla desierta, cerca de la desembocadura del Orinoco, a donde lo arrojó un naufragio, del que fué único superviviente, y relación, no menos extraordinaria, de cómo le sacaron de allí unos piratas.*

Cuando naufragó, iba del Brasil a la costa de Guinea. Habiendo salido de San Salvador, con artículos de rescate para adquirir malagueta, polvo de oro, dientes de elefante y esclavos—lo que, según las ideas del novelista, explicaba la cólera divina—, el barco de ciento veinte toneladas tomó el rumbo del norte, y debería seguirlo pasada la línea ecuatorial, hasta los 10° 12' de latitud, en donde empezaría a cruzar el Océano. Y De Foe explica cómo, a la altura del cabo de San Agustín, se varió la dirección. Encaminándose los navegantes hacia Fernando de Noronha, dejaron estas islas al oriente, y cortaron el ecuador, el duodécimo día del viaje. Según la última toma de la altura, se hallaban a 7° 22' de latitud norte cuando un violento huracán, descrito con pluma de poeta efectivo y de pechelingue honorario, los puso en tal peligro durante doce días, que cada minuto parecía ser el de la muerte. Pasados esos doce días, el tiempo abonanzó lo suficiente para determinar la altura, que era de

11°, y la longitud, que marcaba una desviación de 22° al oeste del cabo de San Agustín. Los viajeros pensaban dirigirse a alguna isla inglesa, y para el efecto, pusieron la proa al noroeste, cuarta del oeste; pero una nueva tempestad, que los sorprendió en 12° 18', llevó la embarcación «fuera de todos los caminos que sigue el comercio».

Aquí entra el novelista, reclamando su absoluta libertad. Y a su vez entran los geógrafos, pero no para examinar el libro, sino para hacer locas conjeturas.

La de *Más a tierra* queda *Más afuera*. Los sufragios favorecen a Tabago, convertida en Tobago por una corruptela de los ingleses. Vivien de Saint-Martin recoge estos votos. El *Nuevo Diccionario Geográfico* dice:

Según algunos críticos recientes, parece que en Tabago vivía el náufrago a quien tomó De Foe como tipo de Robinson Crusoe.

Hubo un náufrago, y este náufrago sirvió de modelo a De Foe. Lo mismo asevera Reclus en su *Geografía*:

Un náufrago arrojado a esta isla, proporcionó los principales elementos de que se valió De Foe en su *Robinson Crusoe*.

Y Reclus añade que, durante veinte años, Tabago fué isla desierta, escala de pescadores y marinos. Tanto se argumentó en favor de Tabago, que un gobernador de la isla llevó su celo hasta encontrar la gruta del solitario, una huella del indio Domingo—el Viernes de los ingleses—y el esqueleto del macho cabrío, que se exhibió durante la Exposición de Chicago. De este gobernador habla M. Paul Dottin, autor de un magnífico estudio que publicó el *Mercur de France* del 15 de Noviembre de 1922.

Examinada la cuestión más a fondo, Tabago perdió el punto. De Foe había determinado expresamente que su héroe vivió en una isla de la desembocadura del Orinoco. Además, hizo de esta isla parte de un archipiélago. Para que no cupiera duda, De Foe publicó una carta geográfica, omitida después en las ediciones de la obra, y por esta carta puede verse que la isla está exactamente situada al sur de la Trinidad. No sé quien ha señalado este dato. Pero es capital.

Todo el enigma se reduce a una rectificación cartográfica. El archipiélago, que para De Foe existía en aquel rincón del Océano—y que dió tanta holgura al novelista, que no había peligro de que alguien le disputara su isla como habitada ya—, ese famoso archipiélago existe, pero hay que ir a buscarlo dentro del continente. Es un archipiélago fluvial, y los cartógrafos consultados por De Foe llevaron ese archipiélago al Océano. Queda, pues, inutilizado.

No hay isla para Robinson Crusoe. Su isla fué una creación de gabinete.

El concienzudo viajero H. J. Mozans, en su libro *Up the Orinoco and down the Amazons*, proporciona valiosos datos que sirven para explicar la ilusión de los cartógrafos europeos, trasladada por De Foe a su novela. El delta tiene una superficie mayor que la de Sicilia. El río se divide en cincuenta cauces. Las tierras bajas forman millares de islas e islotes. El laberinto de Creta es menos intrincado que los caños de aguas estancadas o de impetuosas corrientes.

¿Qué podían hacer los cartógrafos al leer descripciones de aquel misterioso mundo fluvial, sino creerlo oceánico, y qué podía hacer De Foe sino rodear de agua salada una de aquellas islas?

Salvada esta responsabilidad, el novelista queda con otra. Chile tendrá razón para presentarle reclamaciones por haberse llevado al delta del Orinoco

una parte de la fauna de Juan Fernández. ¿Qué hacían los pingüinos en la desembocadura del Orinoco? Su papel es allí poco más o menos tan inexplicable como el de la caña de azúcar que figura con todos los honores de planta americana, en estado salvaje.

Una fábula quiere que De Foe gozara escribiendo, como nosotros leyéndole. Pero sabemos que trabajaba de prisa, sin aliento, deseoso de acabar. Cuando estaba a la mitad de un libro, ya no pensaba sino en el que iba a empezar. El Robinson Crusoe le hastiaba. Fué para él una sorpresa, y acaso una contrariedad, que de la primera edición se hiciesen cuatro ediciones en cuatro meses. Había que publicar la segunda parte, con apremio. Esa obra, compuesta de mala gana, aplaudida como producto de un imaginativo portentoso, tenía que abundar en las contradicciones e incoherencias, advertidas desde entonces y hoy catalogadas por Hastings. Pero nunca en la de irse con su héroe a los 33° de latitud meridional, y menos aun en la de confundirlo con Selkirk.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.